Siempre encuentro

José Rodríguez Infante

Capítulo 1

Como un susurro

de brizna azul

llega tenue a mis sentidos

tu majestuosa voz.

Busca sitio en mi huesudo armazón,

se codea con cualquier leucocito

y lo inunda todo.

Si alguna sombra me oculta

o si la neurona de guardia dejó

de pensar en ti,

la primera sílaba que surge

de tu garganta, voltea,

supera el eclipse lunar.

Ondas hertzianas que sin saberlo

llevan impreso tu nombre, me

acarician el tímpano y

dejan unos gramos de plumón

flotando en el ambiente.

Un día quemaba malas ideas,

los músculos no respondían,

saltó la chicharra

y se inundaron mis poros

del canto angelical –bálsamo inesperado–

que se grabó en el disco duro

fortaleciendo

la fe en un mañana

de despertar

diferente,

bajo un aire estepeño,

con el móvil fuera de cobertura.

Capítulo 2

DESPUNTABA

Despuntaba el canto del mirlo
mientras yo me hallaba preso
de tus sonrosados labios,
era la brisa marina,
viajera tierra adentro,
la que aliviaba el sopor
de una noche de torso desnudo
y tú seguías ahí, enmudecida,
apretando tu mano contra la mía.
Charles Chaplin miraba
por el ojo de la cerradura,
de repente un martilleo
- sonido de latón concentrado
en una esfera –
me deja tragando moscas
y oliendo a pelo de gato.
¿Dónde estoy?
¿Soy aquel o éste?
¿Tengo que pisar tierra firme
o continuar navegando
por recónditos océanos?
¿Porqué a las sieteimedia
he de contar sobres descafeinados
hoy que ejerzo de
Peter Pam y no de Capitán Garfio?
Con mi mano, la apretada,

palpo el borde de mis labios
- sabor a corcho -,
luces y sombras se pelean
por el dominio de la estancia.

Capítulo 3

Image not found.

FUE TU MIRADA

Fue tu mirada verdeoliva
imán que subyugó multitudes,
que doblegó mi férreo torso.
Luciérnagas de noche sin estrellas,
de saco de dormir pegado al suelo.
A través de ellos llegué
a adentrarme
en los secretos de la colmena,
de una rosca sin fin.
Ante ellos me siento
tan de este mundo
que quiero beber a sorbo lento,
creer en el día de la ardilla
y leer en el iris tu
diario de a bordo.
Entre lámparas siempre ocultas
encontré el neón de tus ojos,
lo tengo frente a mí, se disipa,
brilla con toda intensidad.
Lo veo
vagando por entre muros de vergüenza.
Verdeoliva
como la tarde que dibuja en el horizonte
la figura de una dama

saltando entre algodones,
mano abierta, tull de seda,
extiendo la mía,
alargo al límite la tercera falange
y vuelvo a tus ojos.

Capítulo 4

ANOCHE

Anoche mientras sobrevolabas

tu Atlántico

tenía mi mente puesta

en el siete de julio.

No me tembló el pulso,

no se me agrietó la voz,

en algún desconocido archivo temporal

fue alojada esa imagen sonora

que yo llevo pegada en la frente

con un post-it amarillo

infinitesimal.

Blancos azulejos, dieciséis por dieciséis,

amoldaron el testimonio hasta

que el insigne operario entró

con la pertinaz machota.

Yo estaba pensando en Eros,

tu mente cabalgaba junto a Philos,

hemos cambiado de siglo

y no consigo despegarme

esa franja horaria que

nos separa.

¡Ay de los quince años!

-tinta derramada otrora-

aún bulle,

aún galopa brioso el corcel blanco,

rescoldo a la espera de viento,

manantial que busca el río.

Yo también cruzo la mar

y permanezco en silencio.

Capítulo 5

COMO UN SUSURRO

Como un susurro

de brisa azul

llega tenue a mis sentidos

tu majestuosa voz.

Busca sitio en mi huesudo armazón,

se codea con cualquier leucocito

e inunda todo mi sentir.

Si alguna sombra me oculta

o si la neurona de guardia dejó

de pensar en ti,

la primera sílaba que surge

de tu garganta, voltea,

supera el eclipse lunar.

Ondas hertzianas que sin saberlo

llevan impreso tu nombre,

me acarician el tímpano

y dejan unos gramos de plumón

flotando en el ambiente.

Un día quemaba malas ideas,

los músculos no respondían,

saltó la chicharra

y se inundaron mis poros

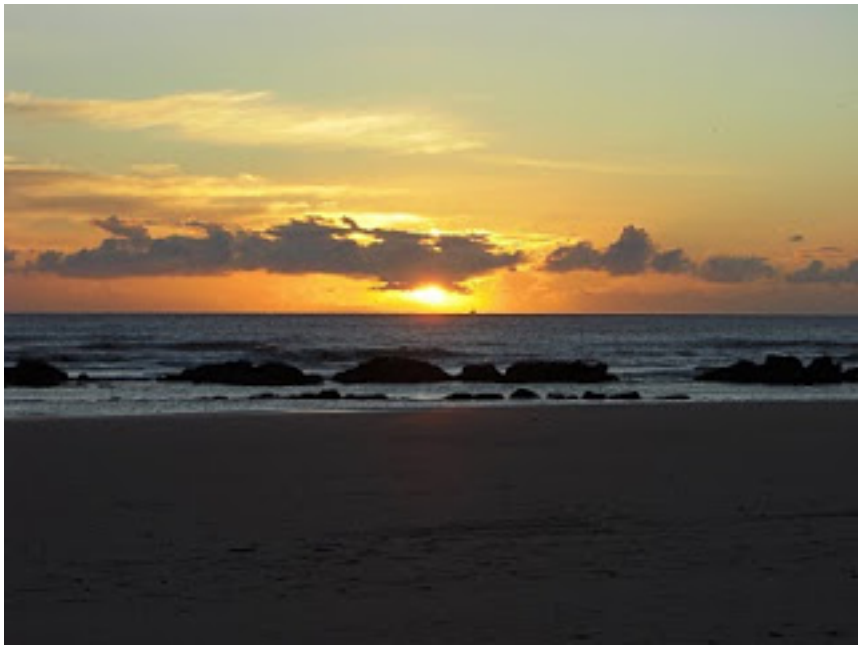
del canto angelical —bálsamo inesperado—

que se grabó en el disco duro

fortaleciendo

la fe en un mañana

Capítulo 6



VIVIMOS

Vivimos en un mar inmenso

que rompe en grises amaneceres

y termina tornasolando el horizonte,

nuestras horas están sumidas

en cambios bruscos de marea,

por eso ayer te dije

que tu mente debe fijar el timón

en el arco iris,

en el viento que eleva la cometa,

en el minuto que iluminó tu cara,

mañana de nuevo amanecerá gris

y tendremos la misma ventana abierta

cuando encendamos el ordenador.

A mí

me ayudaron las ninfas del bosque

—las dríades—

y cada vez que el mar se encrespa

apareces tú,

oigo tu respirar, respiro tu mirada

saboreo tu voz,

envío el minuto a su rincón,

a veces me convierto

en capitán de navío pisoteando biodramina

y me dejo envolver en el roce

de tu carne contra mi carne.

No hay adoquín en el mundo

que pueda rasgar el cristal

que rodea

mi urna secreta.

J. R. Infante

Capítulo 7

SIEMPRE ENCUENTRO

Siempre encuentro en mi memoria
—a veces nada busco—
sabor a café azucarado
en una mañana soleada de invierno.
Son las diecimedia en punto,
hora de alimentar el alma
viendo la desnudez de la calle
reflejada en el jaspe de tu mirada.
Es el momento grácil,
                la fuente oculta entre el tráfico
donde saboreo el agua más fresca
que manar pueda río alguno.
Tu presencia, tu palabra,
el gesto mecánico del camarero
y el amorfo escudo de mi camisa
dan vueltas en torno al mundo
hasta que llegan otras diecimedia.
Calendario de vida intensa
—me fue marcada en el Olimpo—
que no tiene tardes ni noches
                que aspira con fuerza el aire
rastreando el perfume de tu piel.
Tal vez en alguna hora del día
se hayan cruzado en el éter
aromas y deseos

y nos hayamos visto los dos
sentados frente a frente, en el bar.
Tañer de solitaria campana
que llama puntual a la oración
mientras un caballo relincha
desprendiendo luz entre sus cascos.